

Ser Niños Acompañados

CRIANZA Y ESCUELA

LAURA ESTREMER BAYOD

UNIVERSO
de LETRAS 

vía larga» eso significa que la información ya no va directamente a la amígdala, sino que pasa previamente por el córtex y la procesa.

DESTRUCTIVIDAD

González Vara nos dice que la agresividad se confunde con la destructividad, esta primera es una respuesta adaptativa de supervivencia, instintiva y natural para defender el espacio vital o autoafirmarse en la vida. Yo quería reflexionar en este apartado sobre la agresividad, pero después de las definiciones de González, veo que es más adecuado utilizar el concepto de destructividad. Esta es consecuencia de la agresividad reprimida, con el componente de querer dañar al otro y sin que haya un conflicto de por medio.

¿DE DÓNDE SURGE LA AGRESIVIDAD?

El bebé y el niño pequeño tienen necesidades, cuando la necesidad de proximidad y de seguridad no se responden pueden generar ira, ya vimos en el primer capítulo la relación entre la experiencia táctil reducida y la agresión en la etapa adulta y es que la privación del placer sensorial es la principal causa y raíz de la violencia. La agresividad infantil está relacionada con la falta de sintonía de la respuesta adulta, por lo tanto, puede derivar de la frustración que sienten de satisfacer sus necesidades básicas o también porque sus figuras de referencia utilicen la violencia para solucionar conflictos, la famosa «hostia a tiempo» o «si te pegan, tu pega». Es importante no confundir la conducta con la persona, no hay niños malos y buscar las causas que llevan a la conducta, no quedarnos únicamente con lo observable porque debajo de la punta del iceberg podemos encontrar mucho dolor. Ningún niño viene a este mundo para dañar a los demás, todos quieren ser aceptados, reconocidos y queridos. Cuando la agresividad se reprime, se vuelve destructiva, pero el niño que no sabe cómo expresar su malestar, necesita ayuda y no que lo castiguen, que lo repriman todavía más,

que lo ignoren... ese niño con sus actos, pide ayuda, ese niño necesita atención y a través del afecto, de la mirada, del vínculo, de la comunicación, del respeto, comenzará a sentirse mejor y a descubrir otras formas de comunicación diferentes a la violencia.

LOS MORDISCOS

Algunos niños entre el año y medio y los 3 años muerden, generalmente a otros niños. Los mordiscos suele ser un tema que preocupa bastante porque aparte del mordisco en sí y que la marca se prolonga en el tiempo, genera rabia, frustración e incluso culpa en los adultos.

La etapa en la que aparecen los mordiscos no es casual, es la etapa oral, en la que utiliza la misma zona tanto para las experiencias placenteras como para la descarga emocional y es que ya hemos visto que a estas edades no tiene muchas más herramientas para comunicar su desagrado, ira, frustración, malestar ¡e incluso alegría! Que de forma instintiva.

Sobre los 10 meses, cuando el bebé ya tiene algunos dientes, puede comenzar a morder. En este caso corresponde a un descubrimiento de nuevas sensaciones, una exploración, de hecho, cuando brotan los dientes suelen morder con más frecuencia. También suelen dar manotazos y tirar del pelo, pero no deja de ser una nueva exploración, sin intención de hacer daño, sin emoción de por medio y en este caso acompañada de la reacción del adulto.

Más tarde, puede morder como expresión de su malestar, cuando se siente amenazado (que otro niño se le acerque puede vivirlo como una amenaza, también cuando se aleja su figura de referencia) como expresión de su frustración, ira, cuando siente excitación, una sobrecarga de emoción, alegría... es decir, cuando no sabe cómo expresar aquello que están sintiendo, sus emociones.

A veces la conducta se manifiesta junto a algún acontecimiento que lo desencadena: quiere un juguete, un niño se le acerca, no puede subir al tobogán porque está ocupado... Pero otras veces parece que no haya

ocurrido «nada» que lo desencadene, esto es porque los mordiscos pueden expresar tensiones internas que viven los niños como la adaptación a la escuela, un cambio de casa, el nacimiento de un hermano, un divorcio, la hospitalización de un familiar, la marcha del padre o la madre por un viaje de trabajo, la muerte de una persona cercana, tensiones en el hogar...

Como ocurría con las rabietas, son temporales, es decir, es la forma que tiene de expresar una emoción porque no tiene otros recursos, ya que como hemos visto, es más emocional, su cerebro no está maduro por lo que no pueden planificar las consecuencias de sus acciones (aunque se lo digamos) el niño no es capaz de pensar «*si muerdo, haré daño, mejor voy a hablar*», no tiene el lenguaje suficiente para expresar lo que siente o necesita, es egocéntrico y no puede ponerse en el lugar del otro «*seguro que quiere usar el juguete sólo un rato, a mí también me gustaría que me lo dejaran*»... Así que, conforme el niño madure, dejará de morder, pero es importante que los adultos le acompañen de forma adecuada para ayudarle a desarrollar esas capacidades que todavía no tiene, en vez de humillarle, ignorarle o reprimir sus emociones.

El niño tiene derecho a expresar lo que siente (la emoción, por ejemplo, ira), lo que no sabe es la forma adecuada de hacerlo (la conducta, por ejemplo, que la expresa a través de un mordisco)

El niño que muerde necesita acompañamiento, como cualquier otro, siempre tiene que sentir que es querido, necesita a un adulto que le explique que expresar su emoción a través de ese comportamiento no es adecuado «*veo que estás enfadado, pero no puedes morder*». Necesita descubrir formas adecuadas de responder y nosotros somos sus modelos, porque si le gritamos, chillamos, mordemos, (hay personas que creen que así «sentirá el daño que hace y dejará de morder»), le pegamos en la boca o lo tratamos con ira... ¿Cómo van a descubrir cuál es la forma adecuada de expresar sus emociones?, ¿cómo va a creer que es la forma normal de tratar a los demás? Pues chillando, pegando y

mordiendo. Tampoco ignorar al niño o dejarlo solo servirá para que adquiera el autocontrol que necesita.

Un niño que muerde no es un niño «malo» y debemos de evitar que crea que lo es, que no elabore esa imagen de sí mismo. Primero porque él no lo es, es su conducta, su forma de expresarse la que no es adecuada y segundo, por la fuerza que tiene el «efecto Pigmalión» o «auto profecía cumplida», que es cuando el niño acaba comportándose como se espera de él.

Un mordisco, contiene bajo su expresión mucha información que los adultos debemos de llegar a descubrir. Un mordisco es una emoción mal expresada y nuestra labor, lejos de castigar al niño, gritarle o ignorarle es descubrir qué es lo que la está generando por si en ese caso podemos evitarlo y acompañarlo para que encuentre otras formas de expresar lo que siente.

COMPARTIR

Imaginaos la escena, un niño va al parque montado en una moto de juguete, llega allí y la deja para ir a jugar al tobogán, la moto atrae la atención de otros niños que pronto se acercan y quieren utilizarla.

—¡mía!, ¡no!, ¡es mía! Grita el niño

—¡pero si no la estás utilizando! Dice el adulto que le acompaña,
¡vamos a dejársela un ratito a este niño, hay que compartir!

¿Os imagináis cómo continúa la historia?

El niño pequeño no comparte y no lo hace porque no está preparado para ello, nosotros con toda nuestra buena intención, queremos inculcarles buenos valores, que sean respetuosos, amables, que presten sus cosas... pero cuando lo hacemos no estamos teniendo en cuenta cuál es su desarrollo y cómo podríamos favorecer que llegue a compartir cuando sí esté maduro para ello.

El niño pequeño sólo interpreta la situación desde su perspectiva, es decir, lo que quiere y necesita él. No comprende que el otro también quiere utilizar el mismo objeto y que llora o está triste porque quiere lo que el tiene. Tampoco puede anticipar lo que ocurrirá ni sabe interpretar lo que significa «un ratito». No entiende el tuyo y el mío, para él todo es suyo.

El bebé y el niño, al principio, juegan «en paralelo», no se socializan, aunque compartan espacios de juego, no hay interacción entre ellos, ni se necesitan, cada uno está centrado en su propia actividad sin tener en cuenta lo que hace el otro. No es hasta los 2 – 3 años o incluso más adelante, cuando empieza a incluir «al otro» en su juego. Así que el niño no quiere jugar con el otro niño a pasarle a pelota, ni establecer turnos, en todo caso, quiere compartir esos momentos con su figura de referencia y tampoco a esta pueden «compartirla».

Lo importante si queremos que llegue a compartir es respetar el momento en el que se encuentra, si el niño tiene la seguridad de que es el dueño exclusivo de sus objetos y no le obligamos a hacerlo de forma prematura, llegará el momento en el que él mismo, cuando de verdad comience a socializarse con los otros, aproximadamente sobre los 4 años, se dará cuenta del beneficio que supone compartir y no tendrá problemas en hacerlo. Mientras tanto, nosotros podemos servir de ejemplo y que vea cómo compartimos nuestras pertenencias... .. Aunque quizá nos sorprendamos al observar que los adultos no solemos ser tan generosos con los desconocidos como queremos que sean nuestros pequeños.